

Adriana Strupp

PALOMA

¡HAY QUE SEGUIR VOLANDO!



Paloma

¡hay que seguir volando!

Adriana Strupp

Título original

“Paloma ¡hay que seguir volando!

Foto y diseño de tapa:

Adriana Strupp

Queda hecho el depósito que marca la ley N. 11.72

ISBN 978-987-33-7990-1

Agradecimientos

A Jorgelina, Lucía, Carlos, Inés, Esteban y Pablo,
H.I.J.O.S. La Plata, que durante enero y febrero 1996 me
abrieron sus corazones y sus historias de vida y muerte.

A Blanca,
por haberme acompañado en este viaje al infierno
caminos ya recorridos,
que habían quedado atrás.
Sola, no hubiera podido. ¡Jamás!
Por eso, sostenida en esta amistad,
en este amor,
pude enfrentar tanta, tanta muerte,
miedo y tristeza.

¡Gracias!

DEDICO este libro a la memoria
de Alfredo, de Norberto, de Alejandra, de Néstor, de todas las
Susanas, Patricias, Carlos, Jorges, Migueles.

A la memoria de todos los que cayeron trabajando
por una sociedad más justa, más equitativa
y menos individualista.

En honor al ejemplo de dignidad y lucha
de Abuelas,
de Madres y
de H.I.J.O.S

¡PORQUE SIN MEMORIA Y SOLIDARIDAD, NO
HAY FUTURO!

Y muy especialmente este libro a Pablo y Martín Giorgi

Estimada Adriana:

Buenos Aires, 3 de Noviembre 1996

La memoria hace a las raíces e identidad de los pueblos. Ningún ser humano y sociedad puede prescindir de ella.

Te expresé cuando nos encontramos que trataría de leer tu libro y hacerte algún comentario sobre su contenido. Debo confesarte que lo comencé casi como una obligación de un compromiso, pero a medida que avanzaba en su lectura y con ese lenguaje claro y simple de llegar a la mente y el corazón de quien se atreve a zambullirse en "Paloma, hay que seguir volando" muchas cosas comenzaron a volver a mi mente y corazón. Esas vivencias que nunca estuvieron ausentes y vi reflejado en tu libro esa realidad que aún golpea a la mente y corazón de todo el pueblo.

Vi a esos H.I.J.O.S. que hoy transitan esa realidad que expresas y que hacen a sus vidas y memoria

A ese pueblo que camina a los sobresaltos, entre angustias y esperanzas y ese redescubrimiento de si mismos. Memoria que no es para quedarse en el pasado, sino que esa memoria nos ayude a iluminar el presente y ver cómo podemos construir una vida mas justa y humana para todos.

La otra cosa que encontré en tu Paloma y la Paloma de todos, es la pasión de ahondar y penetrar en los valores que hacen a la vida y convivencia y fundamentalmente ese lenguaje directo a los jóvenes que les permita reflexionar y sentir que la vida es esperanza, a pesar de todo.

Te envío el fraterno abrazo de Paz y Bienestar.

Pérez Esquivel, Adolfo

HONRAR LA VIDA

Eladia Blázquez

No ! ... Permanecer y transcurrir no es perdurar no es existir, ni honrar la vida.

Hay tantas maneras de no ser, tanta conciencia sin saber, adormecida.

Merecer la vida, no es callar y consentir tantas injusticias repetidas, es una virtud, es dignidad y es la actitud de identidad más definida .

Eso de durar y transcurrir no nos da derecho a presumir porque no es lo mismo que vivir honrar la vida.

No! ... Permanecer y transcurrir no siempre quiere sugerir honrar la vida.

Hay tanta pequeña vanidad en nuestra tonta humanidad enceguecida.

Merecer la vida es erguirse vertical más allá del mal, de las caídas.

Es igual que darle a la verdad y a nuestra propia libertad la bienvenida.

Eso de durar y transcurrir no nos da derecho a presumir porque no es lo mismo que vivir
¡Honrar la vida!

CAPÍTULO 1

— ¿Se puede saber quién te puso esa mierda en la cabeza?

— ¿Por qué me hablás así? ¡No hice nada malo! — contestó Lucila levantándose de la mesa.

— ¡Marcelo! — intentó calmarlo Julia su esposa.

— Vos mejor callate porque no sabés de qué estoy hablando — gritó Marcelo el padre de Lucía.

Lucía corría a su cuarto y como siempre que se sentía triste, se abrazó a la foto de su mamá.

— ¡Mami! ¡mami! — susurraba entre sollozos — ¡Mamiiii!

— ¿Se puede?— dijo asomando su cabeza por la puerta entreabierta.

— Sí, pasá— contestó Lucía al tiempo que intentaba esconder la foto de su mamá.

No la escondas — pidió Julia acariciándole la cabeza— era tan linda tu mamá. Son como dos gotas de agua, vos y ella.

— ¿No te molesta la foto de mi mamá?

— ¡No! ¡Cómo habría de molestarme! Yo pensé que...

— No mi chiquita, me hace sentir muy bien que quieras a tu mamá de la que no podés recordar casi nada. Eras tan chiquita cuando murió.

— ¿La conociste?

— Sólo a través de los relatos, muy escasos por cierto, de tu padre.

— Sí, no sé por qué a él no le gusta hablar de ella.

— Es que se pone muy triste, muy...

— Más que triste, siempre me da la sensación como que quiere guardar todo como un secreto.

— ¿Qué cosa?

— No lo sé, pero es como si la muerte de mamá, no fuera sólo una muerte.

— Es que fue muy difícil. Ese accidente en el río donde no pudieron...

— Pero por suerte llegaste vos, mi hada madrina — dijo Lucía abrazando fuerte a Julia. — Qué hubiera sido de mi vida sin tu amor, tus cuidados, tus mimos! ¿Te cuento un secreto? ¿Sabías que nunca en el colegio primario le dije a ninguna amiguita que vos no eras mi mamá de verdad?

— ¿Por qué?

— Porque me parecía que si no lo decía, la mentira se convertiría en verdad y serías entonces mi verdadera madre.

— ¿Y en el secundario?

— En tercer año, empecé a contar la verdad. Comencé a darme cuenta de lo genial que eras y como todos estos años me habías tratado como a tu hija y que en mi corazón bien podían caber dos mamás. Ella y vos.

— ¿Y ahora?

— Ahora que tengo justo la misma edad que tenía mi mamá cuando se murió, me siento muy rara. ¡Morir a los 18 años! ¡Qué ironía de la vida! Morir cuando recién sos mamá. Se debe haber sentido terrible mientras se ahogaba — y diciendo esto último se abrazó a Julia sin poder parar de llorar.

Capítulo 2

Lucía cursaba 5to año en una escuela religiosa en Martínez, Buenos Aires. Desde jardín de infantes fue una de las niñas más mimadas por las monjas y por las maestras no religiosas, debido a su ser huérfana de madre. A todos les daba mucha pena que una chiquita así, tan dulce, tan buenita, tan inteligente, no tuviera mamá. Es cierto que Julia cumplía muy bien esta función de madre pero... Por algún motivo, Lucía nunca le dijo: mamá.

Lucía era una muy buena alumna en todas las materias, sin tener que ser una traga libros. Prestaba atención en clase y esto parecía alcanzar. Era buena en plástica, en música y se destacaba en deportes y atletismo. Lo que más la entusiasmaba era el hockey y por esto entrenaba regularmente tres veces por semana.

En el colegio, por elección, la habían nombrado capitana del equipo. Era sencilla, agradable y siempre dejaba jugar a las suplentes. Con ella de capitana rendían mejor que nunca y lo más importante era que ninguna quedaba en el banco sin entrar a jugar aunque sea unos minutos.

Los sábados, después misa, le gustaba quedarse en los grupos sociales. Armaban actividades culturales, deportivas y salidas. Iban al cine, al teatro, a caminar por el río.

Aquel sábado a principios de Octubre de 1995, el cura párroco, un hombre joven, dinámico, inteligente y muy buen mozo, se acercó al grupo de Lucía para invitarlos a participar de un proyecto muy especial de ayuda comunitaria. Siendo que se acercaba el fin del año escolar, muchos chicos de la villa de emergencia estaban "definiendo" si repetían o no de grado.

— Y nosotros ¿qué podemos hacer ?— preguntó Lucía.

— Ayudarlos con la tarea escolar diaria y a preparar las últimas pruebas.

— ¿En qué horarios?— siguió preguntando Lucía que parecía ser la voz cantante del grupo.

— Siendo que estamos tan cerca de fin de año, creo que debería ser todas las tardes a la salida del colegio. En la parroquia cerca de la villa, trabaja un compañero mío del Seminario. Fue él quien sugirió este trabajo comunitario.

— ¿ Y dónde les daríamos las clases de apoyo ?— preguntó Federico.

— En la misma parroquia, en el comedor comunitario. Allí les dan la merienda y por eso pensamos que sería una buena oportunidad ya que estarían todos juntos.

— A mi me encantaría— dijo Lucía— pero tres tardes por semana tengo entrenamiento de hockey y las otras dos tardes voy a inglés.

— Claro, no te preocupes— contestó el cura— todos tenemos nuestras agendas muy cargadas a esta altura del año pero—

poniendo cara seria agregó — todo es cuestión de prioridades, piénsenlo— y diciendo esto último se fue.

— Che, y ahora ¿ qué hacemos ?

— Yo no puedo dejar mi entrenamiento de rugby ni por casualidad. El entrenador me mata y el equipo me lincharía— dijo Luciano.

— ¿ Escucharon al imprescindible ?— rió Matías— Seguro que si él no juega, el equipo pierde en el primer tiempo irrecuperablemente.

— ¡ Salí tonto ! Estoy hablando en serio— se enojó Luciano.

— ¡ Peor entonces !— rieron todos.

— Ahora, digo yo ¿ a quién le importa que unos nenitos que ni conocemos repitan de grado ?— preguntó Pablo.

— A mí me importa— saltó enseguida Lucía.

— ¡ Esa es mi amiga ! ¡ Eso lo que quería escuchar !— la abrazó Pablo.

— Vení, vamos a anotarnos para ayudarlos.

— ¿ Y el entrenamiento de hockey ?— preguntó Lucía.

— ¿ Qué tal si nos entrenamos un poquito en ser mejores personas ? Venimos hace años entrenándonos en deportes, atletismo, teatro, inglés ¿ qué hay si por una vez le dedicamos dos meses de nuestras vidas a un grupo de chiquilines de la villa ? No creo que nos haga nada mal.

— Y a vos ¿ quién te escribe los libretos ?— contestó Luciano ofendidísimo— ¿ O ahora querés ser el salvador del mundo ?

— La verdad es que no me molestaría para nada serlo. Al contrario ime encantaría!

— Yo creo que Pablo tiene razón— dijo Gabriela que hasta entonces no había abierto la boca.

— ¿ Razón en qué ?

— En esto de entrenarnos para ser un poquito mejor persona. No tengo nada contra los deportes ni nada de eso, al contrario creo que son fantásticos y vos mismo sabés que yo entreno y estoy federada en atletismo. Y muchas veces me pregunte ¿a quién puede serle importante o útil que los cien metros llanos los corra con una milésima más o menos de segundo, o que logre saltar dos metros en alto?

— A vos te sirve— respondió Gimena.

— ¡ Ahí está! y ¿ a quién más ? Al club al que representás o a tu país en el caso que llegues a las Olimpíadas.

— Sabés una cosa, si yo tuviera poco tiempo de vida y tuviera que decidir ahora cómo y por qué quiero que me recuerden, preferiría que sea por haber hecho algo bueno por alguien y no por haber saltado dos centímetros más que mi competidora — contestó Lucía.

— Entonces, no demos más vueltas al asunto— era Pablo quien hablaba— vamos a decirle al cura que queremos participar de su proyecto y después vayamos a comer pizza ¿les parece?

CAPITULO 3

— Pero alumna Lucía, ¿a usted le parece correcto abandonar al equipo, ahora a fin de año y sobre los intercolegiales mayores? ¡Así no se comporta una capitana!

— Si me permite, le puedo explicar— intentó Lucía.

— No hay explicación que valga, los hechos son los hechos.

— Pero Hermana...

— Estoy apurada— dijo la hermana comenzando a partir.

— Me tiene que escuchar— dijo Lucía tomándola del brazo— no me estoy yendo a esquiar a los Alpes ni a un safari en el África, sólo estoy intentando hacer lo que supongo ustedes quisieron enseñarme toooooodos estos años. ¿Acaso no nos enseñan día a día cómo tenemos que superarnos, a ser mejores personas, más solidarias, más amables en el sentido de amar más a los demás?— y con lágrimas de bronca, dejó a la hermana plantada en la mitad del patio.

Era la primera vez en su vida que Lucía se conducía así. Jamás lo había hecho y menos que menos frente a alguna de sus profesores. La Hermana se quedó boquiabierta pensando que algo no había hecho bien.

Decidió entonces que más tarde, cuando se calmaran un poquito más los ánimos hablaría con su alumna.

Mientras tanto en el aula de 5to A

— ¿ Te volviste loca ? ¿ Qué vamos a hacer sin vos de capitana ?

— Ustedes juegan bien porque saben jugar bien, no porque yo sea su capitana— respondió Lucía.

— Pero ¿ quién nos va a dirigir ?— preguntó Silvia.

— Creo que podemos someterlo a votación y que surja otra, de la misma manera como surgí yo, por elección.

— Todavía no entendí ¿ por qué te vas del equipo ?

— Porque ya no voy a tener más tiempo para entrenar todas las tardes.

— ¿Y qué vas a hacer?

— Voy a formar parte de un proyecto comunitario de la iglesia. Vamos a ayudar a que los chicos de la villa de aquí cerquita no repitan el grado. Los vamos a ayudar con los deberes y a preparar sus pruebas y exámenes.

— Eso suena bastante interesante.

— Y lo es— respondió Lucía— ojalá lo sepa hacer bien.

— ¿ El grupo ya se cerró ?— preguntó Blanca, la mejor amiga de Lucía.

— Para nada— respondió sonriendo— recién lo estamos formando ¡ bienvenida!

— Que Lucía vaya, lo entiendo porque ella quiere estudiar para

ser maestra, pero vos— preguntó María dirigiéndose a Blanca—
¿no querías ser médica?

— Sí ¿por?

— Porque no entiendo la relación entre una y otra cosa — siguió Fabiana.

— Quizás la única relación sea hacer algo bueno por otra persona—contestó Lucía.

— Eso y así construir entre todos un mundo mejor, más justo, más equitativo más... — se ilusionaba Blanca en voz alta.

— Decime ¿ vos sos comunista ?— preguntó Mariela con miedo.

— No, yo no soy de ningún partido. Yo soy ciudadana del mundo ¿qué tal? ¿te gustó esa?— contestó riéndose— Además, no tengo ni idea de lo que es el comunismo. Nunca leí nada al respecto ni nadie me explicó. Tampoco sé qué significan el Peronismo, el Radicalismo ni ningún partido. Simplemente hago lo que me parece bien hacer.

— Che, te llama la Superiora— entró interrumpiendo una compañera.

CAPITULO 4

— Lucía, qué gusto verte por aquí— saludo el Padre Manuel—
¿qué te trae?

— Vengo a formar parte del grupo de ayuda a los chicos de la villa.

— Bueno, cuánto me alegra. Ahora que ... lo de grupo es una forma de decir porque hasta ahora sólo vos viniste.

— Ella es Blanca, mi mejor amiga y quiere formar parte del proyecto ¿ lo vamos a hacer? Ya somos dos.

— Se equivocan, tres con mi agraciada presencia — dijo Pablo entrando chistoso como siempre.

— Decididamente, este parece ser un excelente grupo de tarea escolar.

— ¿ Vamos o no ?— invitó Lucía impaciente.

— Vamos— contestó el Padre Manuel.

Ninguno de los chicos había estado antes en una villa de emergencias y el panorama los asustó un poco. Por suerte la parroquia en la que trabajarían estaba en la cuadra de enfrente y no tenían que entrar a la villa propiamente dicha.

El Padre Manuel les presentó a su colega que para sorpresa de

los chicos vestía sólo un vaquero y una remera, no usaba hábitos eclesiásticos. Con el tiempo se darían cuenta de que en realidad no los necesitaba, que los llevaba tan dentro suyo, que también desnudo los luciría.

— Juan, díganme sólo Juan, me gusta más— pidió el Padre Juan. Los chicos se presentaron al Padre Juan quien enseguida recordó los tres nombres y los presentó al grupo de chiquilines.

— Chicos, aquí llegaron sus maestros, divídanse por grados . Primer grado aquí en esta mesa, segundo en la otra, tercero por allí y los más grandes más allá.

— Pero nosotros sólo somos tres ¿ cómo vamos a hacer con tantos chicos ?

Los chicos estaban terminando de tomar la merienda.

— No se preocupen, todo es cuestión de organizarse, además yo también ayudo.

— Bueno, dijo el Padre Manuel, me tengo que ir.

— De ninguna manera— rió Juan— el grupo de 6to y 7mo te espera como maestro — ¡Manos a la obra !— dijo sin dejar lugar a réplica.

Así fue como el grupo de tres se convirtió en uno de cinco, contando a los dos curas.

Lucía se sentó con los más chiquitos, los de 1er grado. Blanca con los de 2do. , Pablo con los de 3ro., Juan con los de 4to y 5to

y el Padre Manuel con los más grandes.

En menos de 15 minutos todo estaba organizado y cada grupo trabajaba en lo suyo. Como si siempre hubieran sido maestros, Lucía, Blanca y Pablo se desempeñaban como pez en el agua. De a ratos se escuchaban risitas, de a ratos alguno que levantaba la voz y casi todo el tiempo un murmullo de trabajo prometedor. Una hora más tarde, Juan propuso ir finalizando la tarea del día y reencontrarse al día siguiente para seguir.

— Chau maestra Lucía— saludaban los chicos con pegoteados besos.

— ¡Hasta mañana!— saludaba Lucía contenta.

Lo mismo sucedía con Blanca y Pablo.

¡Estaban radiantes, felices! Con esa felicidad que sólo da la tarea bien cumplida.

CAPITULO 5

Lucía, Blanca y Pablo volvían cansadísimos pero felices. No tenían prácticamente otro tema de conversación. Las primeras dos semanas, por lo novedoso del trabajo y por la inmediata respuesta de los chicos, luego por algo tan simple e importante como sentirse útiles. Era la primera vez en sus vidas que hacían algo por alguien que no fuera un amigo o familiar. Algo que implicara esfuerzo y dedicación personal.

Pasado el primer mes y viendo el excelente resultado de sus trabajos, se esforzaron más aún. Llegaba la época de las pruebas. Como era tanto lo que tenían que estudiar los chicos, decidieron darles clases también los sábados por la mañana.

— ¡ Esta chica se volvió loca! — gritaba el padre de Lucía.— ¡ No vas!

— Pero papá— lloraba Lucía— ¿ por qué ?

— Porque no.

— No acepto— dijo Lucía enfrentando a su padre.

— Nadie le está pidiendo su opinión. Ahora suba a su cuarto—fue todo lo que atinó a contestar el padre apenas en un susurro y sin tutearla. Esto sólo ocurría ante gravísimos enojos.

Lucía comenzó a subir lentamente la escalera cuando, llena de

rabia bajó corriendo y con lágrimas en los ojos gritó— ¡esto es una injusticia! ¡No estoy haciendo nada malo y voy a seguir haciendo todo lo que me parezca bien!

— No mientras vivas bajo este techo.

— Entonces es muy fácil ¡ me voy!

Lucía partió cerrando la puerta de un portazo.

No puede ser, pensaba el padre, no puede ser que sin haberla conocido, sea exactamente igual a ella, no puede ser.

Lucía no vino a cenar pero tuvo la delicadeza de llamar por teléfono y avisar que se quedaba a dormir en la casa de Blanca.

— Esa chica Blanca es una mala influencia para Lucía— decía el padre convencidísimo.

— Pero Marcelo, eso es absurdo— la defendía Julia.

— No, no es absurdo para nada, yo sé de qué estoy hablando.

— Explicame entonces porque no entiendo.

— No hay nada para explicar, esto es clarísimo y si no lo ves, peor ¿ Acaso no tenés memoria ?

— ¿ Memoria ? ¿ De qué me tengo acordar ?— preguntó ahora realmente asombrada.

— De nada, de nada. Dejémoslo ahí.

CAPITULO 6

Esa noche, hacía fines de octubre de 1995, la noche en que Lucía abandonó su casa, Marcelo despertó a Julia con sus gritos: ¡suéltenla! ¡ hijos de puta ! ¡ suéltenla!

— Marcelo, Marcelo— susurraba mientras lo mecía abrazado a su pecho.

Estas pesadillas habían comenzado hacía unas dos semanas. Marcelo, el padre de Lucía quien hasta entonces había sido un hombre amable y pacífico, se había transformado. Parecía como acorralado, aterrado por inexistentes fantasmas. Casi todas las noches, despertaba bañado en sudor, gritando ¡suéltenla! ¡ hijos de puta! ¡suéltenla! No daba ninguna explicación. Sólo se dejaba abrazar mientras lloraba.

Marcelo, tenía 41 años y era médico pediatra.

CAPITULO 7

A Blanca le asombró sobremanera la aparición sin aviso de Lucía, pero al verle los ojos irritados por el llanto, simplemente la abrazó al abrirla la puerta.

— ¿ Cenaste ?

— No tengo hambre fue toda su respuesta.

— ¿ Puedo preguntarte qué pasó ?

— Se volvió loco.

— ¿ Quién ?

— Mi papá.

— ¿ Tu viejo ? Pero si él era siempre el bueno de la historia, el mejor papá del mundo, Santa Claus caído del cielo.

— Cierto, era, era en pasado porque no lo es más. Se porta rarísimo.

— ¿ Cómo ?

— Como si hubiera fantasmas, enemigos por todos lados. Y lo peor de todo, es que me trata como si yo fuera su enemiga, la persona más peligrosa de este país.

— ¡Qué raro! y ¿desde cuándo está así? preguntó Blanca muy interesada.

— Creo que desde que empezamos a trabajar con los chicos de la Villa. Yo sé que es absurdo pero... por algún extraño motivo

que por supuesto no me dice, esto es lo que lo saca de quicio.

— Y ¿ qué pensás hacer ?

— Nada.

— ¿ Nada ? ¿ Vas a dejarnos plantados con los chiquilines ?

— ¿ Estás loca ? ¿ por qué voy a dejarlos ? ¡ Nada que ver ! ¡ Ni ahí ! Yo no estoy haciendo nada malo. Además es sólo una suposición mía de que esto es lo que lo pone tan loco. El no me dijo nada. Al contrario, lo único que dice que lo pone mal, es nuestra amistad. Dice que vos sos una mala influencia para mí — dijo sonriendo.

— Sí, terrible mi influencia — contestó haciendo gestos de fantasma — ¡ ¡ ¡ Buuuuhhh !!!

CAPITULO 8

Después de pasar el fin de semana en casa de Blanca, Lucía decidió volver a la casa de su papá.

Él no la saludó, pero en sus ojos se traslucía la felicidad por verla.

— ¿Podemos hablar?— preguntó Lucía.

— No— contestó el padre cortante— no hay nada de qué hablar mientras sigas trabajando con los chicos de la Villa.

Esta respuesta confirmaba su hipótesis. Ésto era lo que lo enloquecía pero... ¿por qué?

Más lo pensaba, más absurdo le parecía. No encontraba ningún buen motivo.

De manera indirecta, Julia la alentó a seguir con su trabajo, a pesar del enojo de su papá.

— Ya se le va a pasar, no te preocupes — decía.

Claro, que lo que ninguna de las dos se imaginaba, era que esto empeoraría.

Al terminar el ciclo lectivo, Lucía egresaba del secundario y todos sus alumnetos pasaban de grado. Ninguno había quedado atrás.

Durante la fiesta de entrega de diplomas, alguien le preguntó al papá de Lucía ¿ Y tu hija qué va a estudiar ?

Estaba por contestar magisterio, cuando Lucía presurosa contestó por él: Sociología. Y sin que nadie le pidiera explicaciones agregó — lo que pasa es que quiero estudiar a fondo lo que pasa dentro de las personas en su contexto social porque no entiendo.

— ¿ Qué es lo que no entendés ?— preguntó asustado el padre.

— No entiendo el egoísmo, el desinterés de unos por otros, el individualismo que hay dentro y fuera de la Villa. No entiendo.

— ¿ Y para qué querés entender ?— siguió preguntando el padre en voz más queda.

— Para poder cambiar las cosas. Lo que veo a mi alrededor no me gusta y no sé cómo hacer para que la vida sea más justa para todas las personas. No sé qué tengo que hacer ni cómo, por eso.

Sin responder y con los ojos cargados, Marcelo el padre de Lucía se retiró de la escuela. Algo le dolía muy profundo. Algo muy terrible le roía el alma.

CAPITULO 9

Tanto como para alejarla de todo y de todos, el padre de Lucía organizó un viaje de dos meses. Hacía mucho que no tomaba vacaciones y si bien no era una persona extremadamente rica, tenía un buen pasar y podía afrontar semejante gasto.

Viajaron un poco por China, por Japón, por las islas y finalmente descansaron en las playas de Grecia.

Lucía disfrutaba muchísimo de todo. Se interesaba por todo. Andaba por las ciudades como una esponja intentando absorber las costumbres, los alimentos, los idiomas.

Ya al acostarse rendida por las noches en su habitación de hotel, miraba los noticieros en idioma español, provenientes de las cadenas internacionales de noticias.

Las más de ellas pasaban delante de sus ojos cansados, casi a la manera de somnífero, cuando una imagen familiar la hizo sentarse como un resorte en la cama.

Sucedía en La Plata, los policías (algunos de uniforme pero la mayor parte de civil), armados hasta los dientes, arremetían contra una manifestación de estudiantes frente a la universidad.

Paraban dentro de los bosques con coches destruidos y sin patentes, corriendo a los estudiantes que intentaban en vano

salir ilesos. Atacaron también a los periodistas que trataban dejar documentada semejante barbarie.

Llevaron prisioneros a más de 300 estudiantes.

— Tal como hace 20 años— decía un periodista mientras corría para salvar su pellejo y el invaluable documento que llevaba consigo- la fiereza y la fuerza bruta e indiscriminada, la violencia del que se sabe impune...

Y ya no se lo escuchó más. Sólo se sentía su agitación y su miedo pero seguía filmando.

Lucía lloraba sentada en su cama — ¡No puede ser, no puede ser!

Esa noche apenas si logró dormirse de madrugada.

Durante el desayuno quiso hablar con su papá pero al mirarlo a los ojos supo que él también lo había visto.

Ganó el silencio.

Ahora sólo esperaba el fin del viaje. Quería estar en casa.

CAPITULO 10

Regresaron hacia fines de febrero de 1996.

Ya comenzaba a hablarse de los preparativos para la conmemoración del 20 aniversario del golpe de estado del 24 de Marzo de 1976.

Los sucesos de La Plata, el accionar de la policía en su barbarismo e impunidad, habían vuelto a abrir una herida que la sociedad quería y creía haber cicatrizado.

El alma y la herencia de los 30.000 desaparecidos volvieron a danzar entre los que quedaban vivos.

Blanca invitó a Lucía a almorzar el jueves 21 de Marzo.

Un almuerzo más como tantos otros.

¿Una invitación más?

No.

Para no provocar un enfrentamiento entre Lucía y su padre, Blanca no mencionó nada de lo que tenía pensado.

Llevaría a Lucía a la marcha habitual de los jueves de las Madres de Plaza de Mayo alrededor de la pirámide.

Era la primera vez que iba y quería hacerlo con Lucía.

Había leído en el diario que la consigna que convocaba a la Plaza era "La sangre de los desaparecidos será vengada el día que nuestro pueblo sea feliz".

Sabía que Lucía estaba de acuerdo con esto. Habían hablado de política por primera vez, a raíz de lo que pasó en La Plata. Ninguna de las dos tenía ideas políticas claras, pero sí tenían muy en claro, en qué tipo de país querían vivir.

Así que sin decir nada y como por casualidad, salieron a caminar alrededor de las tres de la tarde. A las tres y media estaban exactamente donde Blanca quería. En la Plaza de Mayo con las Madres.

“... Porque la única lucha que se pierde es la que se abandona...” se escuchaba por un altoparlante.

Es cierto, pensaba Lucía pero ¿de qué lucha hablaban ?

Ella no quería luchar ¿o sí?

Claro que sí.

Quería luchar contra la injusticia, la barbarie, la violencia, la impunidad, el miedo.

— Pero sin armas— le decía a Blanca.

— Más vale que sin armas pero ¿ cómo ?

— No lo sé, pero tenemos que encontrar algún camino— dijo Lucía decidida.

— Quizás el trabajo con los chicos en la villa sea una forma de lucha—preguntaba Lucía afirmando.

- En parte sí
- ¿ En qué parte no ?
- Por ahí me equivoco pero creo que es como hacerles el juego.
- ¿ A quién ?— preguntó Lucía entendiendo cada vez menos.
- ¡ Qué sé yo ! — intentaba explicarse Blanca— Quizás lo que nosotros hacemos, les viene bien a los que provocan la miseria, porque tiene a los pobres más calmados y no les exigen lo que les tienen que exigir.
- ¿ Qué ? ¡Hablame en castellano! — respondió Lucía furiosa por no lograr entender.
- Si te calmás, quizás pueda explicarte lo que yo misma estoy pensando por primera vez.
- Está bien, estoy calmada— sonrió Lucía haciendo una mueca, de esas lindas que tanto la caracterizaban.
- Sería algo así. Obviamente es mucha la gente que trabaja gratis para ayudar a los demás en los hospitales: los médicos, los enfermeros; la gente en las villas, los que trabajan con los chicos de calle, todos esos, mejor dicho, todos nosotros porque ahora nosotras también estamos participando.
- ¿Y?
- Suponete que toda esa gente, incluidas nosotras, dejamos de hacerlo, dejamos de ayudar, de enseñar, de curar.
- No se puede, se morirían— contestó Lucía rápida.
- Quizás. Pero también puede ser que al sacar nosotros la curita de la herida profunda, la herida comience a sangrar o se

infecte y entonces se junten todos y le exijan al gobierno lo que les corresponde por derecho propio.

— ¿Y por qué lo tiene que hacer el gobierno ?

— Porque la gente paga impuestos para que se ocupen de ellos en cuanto a salud, educación ...

— ¡ Dale ! Vos bien sabés que la mayor parte de la gente no paga impuestos.

— ¡ Esa es una mentira grande como una casa! Con cada cosa que comprás, pagás impuestos. El 21% de IVA o no escuchaste hablar de eso.

— Sí, pero no pensé que yo lo pagaba.

— Claro que sí. Ya está incluido en el precio— explicó Blanca con voz de sabelotodo— de la leche, de la polenta, de la ropa, de los cigarillos, de los autos, de todo.

— ¿ Entonces ?— preguntó Lucía desconcertada.

— ¡Qué sé yo!

— Pero... para los chicos de la Villa fue bárbaro que los ayudemos a no repetir de grado. Si seguimos así, van a terminar el primario y quizás también el secundario y entonces, van a poder encontrar algún trabajo mejor y cuando tengan hijos darles una oportunidad mejor ...— seguía Lucía sin casi respirar entre palabra y palabra, llena de desesperación tratando de encontrar algún sentido.

— Yo no digo que no. Por algo lo hicimos juntas ¿ o te olvidaste? pero, en una de esas ...

- En una de esas ¿ qué ?
- Nada. Dejalo. Cuando tenga mis ideas más claras volvemos a hablar.
- Por ahí tenés razón y estamos haciendo mal queriendo hacer el bien.
- No lo sé, pero mejor nos dejamos de hablar y escuchamos lo que están diciendo aquí.

Se hablaba de injusticia, de represión, de campos de concentración y tortura. De la muerte de estudiantes, obreros, trabajadores, escritores, periodistas, médicos. Se veían fotos colgadas de las rejas que cuidaban la pirámide. Fotos de jóvenes como ellas.

Lucía escuchaba absorta. ¿Esto pasó aquí, en Argentina? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Por qué nunca lo estudiaron en el colegio? ¿Por qué nunca le hablaron de Videla y si repitieron casi todos los años del colegio, el descubrimiento de América?

Una señora sentada frente a un micrófono, contaba cómo la habían secuestrado y torturado en un campo de concentración, que luego supo que era la Escuela de Mecánica de la Armada. Contaba que le habían hecho todo tipo de

atrocidades y como resultado de ello , entre otras cosas había quedado estéril y ciega.

Lucía y Blanca escuchaban pasmadas. Las lágrimas les corrían por las mejillas ¿ Sus padres sabían que esto pasó aquí ?

Antes de irse escucharon que se invitaba a participar. Todos esos días hasta el sábado a la noche que iba a haber un recital de rock para explicarles a los más jóvenes qué fue aquello. Además se hablaba de una marcha de antorchas en la madrugada del domingo 24, a la misma hora del golpe de hace 20 años.

— ¿ Escuchaste lo que decían de los 1000 jueves ?

— Sí, que el 27 de Junio se cumplen 1000 jueves que las Madres están marchando pidiendo por la aparición de sus hijos desaparecidos.

— ¿ Entonces es verdad que desaparecieron 30.000 personas ?

— preguntó Lucía esperando que Blanca se lo niegue.

— Claro que es verdad ¿ acaso esas fotos que ves ahí son una ilusión ?

— Pero ¿ puede ser que alguno esté vivo ?— preguntó esperanzada.

— No creo.

- Pero las Madres piden “Aparición con vida”
- Debe ser como una forma de decir que quieren justicia, que quieren saber dónde se los enterró o qué fue de ellos y especialmente creo que lo que piden es castigo para los culpables.
- ¿ Y quiénes son los culpables ?
- ¿ Dónde viviste todos estos años ? ¿ En una burbuja ? — contestó casi enojada — Los culpables fueron los milicos hijos de puta. Los de las juntas militares y todos los que obedeciendo sus órdenes, aprovecharon para sacar lo peor que tenían dentro y torturar y violar a hombres y mujeres escondiéndose como ratas inmundas.
- ¿ Cómo sabés tanto ?

CAPITULO 11

A la hora de la cena, Lucía apareció en su casa. Estaba pálida, llorosa y nerviosa.

— ¿ Dónde estuviste ? — preguntó el padre alarmado al ver el aspecto de su hija.

— Fui y volví del infierno— fue toda su respuesta mientras subía las escaleras— me voy a duchar y me acuesto.

— ¿ No vas a cenar ?— preguntó Julia.

— No, no me pasaría bocado. — contestó casi en un susurro yéndose.

— ¡ Seguro que estuvo con Blanca. Esa chica es una mala influencia! —dijo enojadísimo y levantando la voz para que Lucía lo escuche.

Indignadísima, bajó corriendo las escaleras.

— Sí, estuve con Blanca y con las Madres y con los 30.000 desaparecidos y con el miedo y el espanto y la tortura y el sadismo y el diablo mismo bailando delante de mis ojos ¿por ? Y vos ¿ dónde estuviste en los años del Proceso ? ¿ Por qué nunca me contaste nada ? ¿ Por qué ?— y rompiendo un llanto contenido desde la tarde temprana, se tiró sobre los brazos de su padre que la acariciaba llorando también él.

- Yo también estuve en el infierno.

CAPITULO 12

La Marcha del 24 de Marzo fue impresionante.

Miles, decenas de miles de personas marchaban hacia la Plaza de Mayo en repudio y recordación del 20 aniversario del golpe de estado que azotó nuestro país.

Se dijo luego que fueron casi 100.000 personas las que se convocaron. Abuelos, padres, niños. Todos marchaban pacíficamente hacia la plaza. También estuvieron allí, Marcelo, Julia y Lucía marchando pacíficamente hacia la plaza.

A quien nadie vio , fue al presidente de la Nación ¿ Por qué ? ¿Acaso él no repudiaba al Proceso de Reorganización Nacional, como se llamó al golpe de estado ?

Marcelo, el padre de Lucía, caminaba en silencio, llorando lágrimas silenciosas, lágrimas que tenía tan guardadas, lágrimas que se le escapaban.

A Lucía le llamó poderosamente la atención la cantidad de gente que marchaba.

Entre los carteles bajo los cuales se agrupaba la gente, hubo uno que la dejó boquiabierta. Era el de H.I.J.O.S

Notando su desconcierto, Blanca que junto con sus padres se había reunido con Lucía , le dijo— mañana te explico— y la

abrazó como tantas otras veces, pasando su brazo por el hombro de su amiga.

Miles de preguntas golpeteaban las sienas de Lucía pero sobre todo ¿ por qué ? ¿ para qué ? ¡ tenía que encontrar las respuestas!

CAPITULO 13

Buscando respuestas se internó a leer y mirar todas las películas y libros que encontrara.

Blanca buscaba y encontraba junto con ella.

Vieron las películas :

Sur, El exilio de Gardel, La Patagonia Rebelde, Los dueños del silencio, El caso María Soledad, La noche de los lápices, De amor y de sombras, y un documental del periodista E. Aliverti recién salido “Malajunta” con material de archivos que están fuera del país que dice “... Porque el recuerdo del horror impone la necesidad de pelear contra el olvido...”

Leyeron libros que compraron en la plaza a las Madres : Terrorismo de Estado (efectos psicológicos en los niños), Efectos psicológicos de la represión política, La Impunidad, Hebe Bonafini memoria y esperanza . Un documento que sacó el diario Página 12 sobre las Madres. También el libro, Nacidos en la sombra sobre los mellizos Reggiardo Tolosa y el subcomisario Miara.

Se fueron juntas a las bibliotecas de los diarios y leyeron acerca de cuando Alfonsín decreta las leyes de Punto Final y Obediencia debida. Después leyeron con mucho dolor de estómago el Nunca Más, el informe de la CONADEP. Y luego el

libro sobre el Juicio, único en la historia, que se le hizo a los 9 comandantes de las 3 juntas militares.

¡ Hijos de puta ¡ hijos de puta !— no paraban de decir una y otra vez, después de cada libro, de cada película- ¡ Hijos de puta!

Leyeron también a Isabel Allende y a Eduardo Galeano.

Leían todos los libros como en un continuo. Como si fuera todo uno.

— Busquemos la contraparte, escuchemos la otra campana— sugirió Blanca.

— ¿ Qué ?

— Seguramente deben haber escrito cosas para justificarse y explicarse.

— No me interesa lo que tengan para decir— respondió enojada.

— Error. Para refutarlos tenemos que saber exactamente qué dijeron para explicar semejante atrocidad. En sus palabras quizás encontremos las respuestas.

Obviamente les costó leer con objetividad, además era un discurso mucho más complejo y atravesado. Pero, el que busca encuentra y ellas ¡encontraron!

Bignone, el último presidente del Proceso, escribe en su libro *El último de facto* " ... Cuando recibimos la orden, aquellos que coincidíamos con el pensamiento "profesionalista"

comenzamos a cuestionarla abiertamente, y pronto se hizo notorio que estábamos firmemente dispuestos a resistirla. Quienes habían impartido la instrucción, se vieron obligados a dejarla sin efecto al comprobar que no sería acatada ... " — leía Blanca en voz alta para Lucía.

— Esto tira por tierra lo de la Obediencia debida — contestó Lucía feliz.

— Y hay más, escuchá esto que dice en la página 23 "... Mi general, usted sabe que me costaría muchísimo dejar de cumplir una orden suya. Por eso es que me animo a pedirle encarecidamente que no me imparta ninguna del tipo de las que me han referido, porque me vería en la absoluta necesidad de no obedecerla."

— ¿ Entonces ? ¿ Es mentira lo de la Obediencia Debida ?

— Claro. Se la inventaron para salvarse.

— ¡ Qué hijos de puta!

CAPITAL 14

— Che, tendríamos que darle un poco más de bolilla al CBC, así no vamos a aprobar.

— Cierto, pero este tema atrapa— contestó Blanca.

— Sí, pero si nos atrapa tanto, no vamos a lograr ser lo que queremos, una médica y una socióloga que trabajan juntas por el bien de la comunidad. No vamos a aprobar el ingreso a la facultad.

— Suena muy bien ¿socias?— dijo adelantando su mano derecha.

— ¡Socias! — contestó estrechando la mano de su amiga.

— La semana que viene tengo dos parciales y no estudié nada, ni siquiera tengo el material para leer— dijo Lucía.

— Yo también estoy con parciales ¿ qué te parece si nos juntamos para concentrarnos mejor ?

— Sólo si me prometés que vamos a estudiar de verdad sin hablar de los milicos ni de los desaparecidos ni de las madres ¿vamos a estudiar ?

— Prometido.

— Bueno entonces te espero mañana bien temprano.

-¡ Fantástico ! Así esta tarde me consigo los apuntes— contestó Blanca.

Tanto Blanca como Lucía eran muy inteligentes así que con un poco de aplicación y de calentar la silla, aprobaron sin problema alguno. Es más, con muy buenas notas.

Al verlas estudiar, Marcelo dejó de tenerle tanto miedo a Blanca. Aunque le hubiera gustado que Lucía se junte un poco más con sus nuevos compañeros, entendía que no podía decir nada. Era cuestión de esperar.

Habiendo aprobado los parciales, decidieron retomar el otro tema. Todavía no entendían por qué había sucedido todo aquello. Para qué.

— Si no entendemos el por qué y el para qué— decía Blanca— no sabemos cómo defendernos ni cómo evitar que vuelva a suceder.

— ¿ Vos pensás que esto mismo puede volver a pasar ?

— Así tal cual no sé pero ... ahora la gente se muere de hambre, no hace falta que la desaparezcan.

— Pero no es lo mismo, porque ahora no hay tanto terror, tanto miedo.

— Si no hubiera tanto miedo, no pensás que ya deberíamos haber reaccionado.

— ¿ Qué sería reaccionar ?— preguntó Lucía ingenua.

— ¡ Qué sé yo ! Armar paros, apoyar a los despedidos, no dejar que se cierren las escuelas o que en los hospitales no haya remedios o tomógrafos. Por ejemplo, yo armaría lío con esto de que el presidente de la Nación se opera en una clínica privada a la que no podría ir la mayor parte de la gente. Si él considera que los hospitales son lo suficientemente buenos para los demás, ¿ por qué no se opera en el que quede más cerca de su casa ?

— ¿ Vos sos subversiva ?— preguntó Lucía asustada al escuchar a su amiga.

— ¿ Después de todo lo que leímos me lo preguntás ? ¿ Vos sabés lo que quiere decir subversiva? — Blanca parecía enojada.

— No, la verdad es que no sé qué es exactamente. Al principio pensaba que los tirabombas, que los guerrilleros eran los subversivos pero ...

— Mejor te explico. Subversivo era o es toda persona que subvierte el orden establecido por los que mandan.

— En castellano quizás— dijo Lucía sonriendo porque no entendía.

— Pensar que todos los chicos del país tienen que comer, pensar que todos tienen derecho a ir al colegio, pensar que todos los chicos deberían tener una casa donde no entre la lluvia por el techo, ESO es subversivo. Porque el plan de los que mandan, es la exclusión, la pobreza. El plan de los que mandan es repartir la

torta sólo entre ellos, caiga quien caiga y hambree quien hambree. Si nosotras hubiéramos vivido en la época de Videla, hubiéramos desaparecido— dijo con firmeza.

— ¿ Por qué ? ¿ Qué hicimos de malo ?

— De malo nada, al contrario. Pero para ellos, nuestro trabajo con los chicos de la Villa es sinónimo de subversión. La torta es una sola y toda la pelea es por ver quién se la come.

— ¡ Qué hijos de puta!

— ¡ Amen! y... ¡ Bienvenida al mundo real !— dijo con sarcasmo.

CAPITULO 14

Quedaron en encontrarse en el café Tortoní, en Av. de Mayo a la tres de la tarde para llegar a la plaza media hora después.

Hacia frío.

Era el 27 de Junio de 1996. Se cumplían los 1000 jueves que las Madres de Plaza de Mayo marchaban pidiendo por sus hijos.

“NI UN PASO ATRÁS” era la consigna que convocaba con la esperanza de que entre todas las mujeres "empecemos" a parir un mundo mejor.

Lucía y Blanca ya habían estado en un par de marchas pero ésta era diferente.

Al llegar a la plaza les entregaron unos pañuelos blancos para colocarse en la cabeza, similar al que identificaba a las Madres.

En un principio, lo que ahora eran pañuelos, habían sido los primeros pañales que estas madres guardaban de sus hijos.

Se los ponían para identificarse, para unirse, para buscar.

Lucía comenzó a lagrimear cuando Blanca le ató el pañuelo en su cabeza.

Lagrimeaba y marchaba codo a codo con las Madres. Con las mujeres cuyo ejemplo de dignidad y entereza quería imitar.

— ¡ Paloma! — llamó en voz baja casi en un susurro una mujer detrás suyo.

— ¿ Sí ?— contestó Lucía dándose vuelta hacia ella.

— ¡ Paloma !— volvió a decir la mujer abrazándola— vos sos Paloma ¿ no ?

— No. Sí. Me llamo Lucía— dijo levantando los ojos hacia la foto que pegada sobre un cartón llevaba en alto esta señora.

— ¡ Paloma ! ¡ Chiquita ! ¡ Por fin !— decía sin parar de llorar.

— Pero ... yo soy Lucía— contestaba ya no tan convencida de cómo se llamaba y sin quitar los ojos de su foto.

¿Cómo es que esta mujer llevaba su foto en una fotocopia blanco y negro amplificada?

¿Era ella ?

No.

Sí.

Tal vez.

— ¡ Paloma , chiquita!— repetía la señora mezclando ahora sus lágrimas con risas— ¡Paloma! ¡Palomita!

CAPITULO 15

Durante la marcha, caminaron las tres tomadas del brazo.

Luego se sentaron en un banco de la Plaza y la mujer apoyó la foto sobre sus piernas.

No cabía duda alguna. Lucía era Paloma pero ... ¿ cómo ?

— Alejandra y yo que me llamo Marita, tuvimos la suerte y la desgracia de ser compañeras de celda— relataba como en una ensoñación Marita— Estuvimos juntas un tiempo infinito. Las dos estábamos embarazadas. Quizás por eso nos pusieron juntas. Tu mami fue una de las personas más bellas que conocí en mi vida — dijo mirándola fijo a los ojos— ¡ Tan sensible! ¡Tan...

Lucía, que hasta entonces nada le habían contado de este pasado, no dudaba. La foto que Marita llevaba, esa tan gastada, era muy parecida a la que ella tenía sobre su mesita de luz.

— Parecen dos gotas de agua. Sos igual a tu mamá. Los mismos ojos. Esos ojitos que hablan por sí mismos ¡Cómo la extraño! Si no hubiera sido por ella, yo no estaría viva. Ella me dio la posibilidad de vivir a pesar de tanta pesadilla. Cuando estaba por morir me hizo jurarle que te encontraría, que te buscaría sin descanso hasta encontrarte... ¡hace 18 años que te busco! Hace 18 años que te espero cada jueves — dijo abrazándola.

Lucía se dejó abrazar ya sin ningún reparo entregándose a su historia, a su pasado, a su madre.

Blanca escuchaba emocionada y silenciosa.

— Contame— pidió Lucía— contame todo.

CAPITULO 16

Hacia las seis de la tarde, el frío era intenso. Intenso por fuera y por dentro.

Lucía temblaba como una hoja. Había escuchado con horror, con dolor, con angustia, con bronca, con miedo, con impotencia, el relato de Marita. Supo de las sesiones de interrogatorio,

de tortura,

de golpes ,

de picana,

de hambre,

de piojos,

de dolor,

de soledad,

de muerte en vida,

de locura,

de lucidez.

Todo junto corría dentro de su corazón. Todo lo que Marita y su mami habían vivido.

¿Por qué?

¿Para qué?

— Vayamos a mi casa a tomar unos mates así nos calentamos un poquito— invitó Marita abrazando a las dos chicas.

A pocas cuadras de allí, en un edificio majestuoso, venido amenos como tantos otros, vivía Marita.

Una alfombra envejecida, unos cuantos almohadones sobre ella y muchísimas plantas, constituían todo su mobiliario.

El lugar era sencillo pero muy agradable, muy acogedor.

¿Qué edad tendría? ¿Cincuenta? No, no tanto. ¿Cuarenta y ocho? ¿Tan poco? ¿cincuenta y tres? Demasiado. Su cuerpo delgado parecía el de una mujer joven, sin embargo en sus ojos, en las líneas que los enmarcaban, en sus cabellos blancos atados con una cinta, danzaban más decenios.

No pudo evitar preguntar— ¿cuántos años tenés?

— Cuarenta y tres — fue la respuesta.

Ante la carita de asombro de las chicas dijo — Sí, yo sé que parezco más pero... A veces siento que viví demasiado, que no debería haber sobrevivido al infierno, que...— tomó aire, se recompuso y siguió — pero tengo que vivir para contar, para que se sepa, para que no vuelva a suceder, para que los asesinos, los torturadores y los que se hicieron los sordos sepan, sepan que tarde o temprano todo en la vida se paga. Antes o después.

— Suena a venganza— contestó Blanca sin pensarlo.

— No chiquita, suena a Justicia, sólo a Justicia.

CAPITULO 17

En la Villa la apodaron Bichito de Luz. Toda ella era una luz. Luz de esperanza. Luz de amor. Luz de futuro. Una Luz encendida al final del largo y oscuro pasillo que para algunos era esta vida.

No importaba qué estuviera haciendo, lo que fuera, iluminaba, irradiaba vida. Se había acercado a la Villa con otros compañeros de Acción Católica. Todo lo que querían hacer era: ayudar. Comenzaron dando clases a los chicos después del horario escolar. Era importantísimo que no repitieran de grado, que salieran adelante para forjar un futuro mejor.

Luego armaron los infaltables equipos de fútbol y finalmente, una vez ganada la confianza de los adultos formaron los equipos de trabajo comunitario. Levantaron un dispensario y consiguieron a través de Norberto que estaba terminando su Residencia hospitalaria en el Hospital de Morón, varios voluntarios como para tener cubierta la guardia 24 horas los siete días de la semana. Organizaron también, la compra comunitaria de comidas en el Mercado Central. Cocinar para todos era muchísimo más económico que la cocina individual de cada casilla. Una médica joven que se especializaba en dietología, dirigía qué se compraba y qué se cocinaba cada día.

Primero se hizo para la comida de los niños. Ante el éxito que obtuvieron, se trasladó a organizar y balancear también la comida de los adultos de la Villa.

Fue allí en la Villa donde se conocieron.

Marita era la dietóloga.

Alejandra, la inquieta jovencita que enseñaba a los niños, estudiaba Magisterio. Quería ser maestra de Ciencias Sociales. Tenía recién 18 años. El año anterior, había conocido a Norberto en una de sus guardias en el dispensario. Se pasaron la noche tomando mate. El amor fue fulminante y su semilla, plantada esa misma noche, florecía meses más tarde en su vientre hinchado.

Corría el año 1977.

— ¡ Suéltela ! ¡ Hijos de puta ! ¡ suéltelas!

Nadie escuchaba los gritos de Marcelo. Eran las 8 de la noche. Las chicas, Marita y Alejandra querían terminar de organizar la cena en la Villa antes de irse a sus casas.

Entraron a la Villa con las luces del Falcon apagadas, no querían levantar la perdiz antes de poder cazarla.

— ¡ Suéltelas ! ¡ llévenme a mí ! ¡ hijos de puta!

— ¡ Mañana cabrón ¡Mañana es tu turno! — gritó uno dándole un culatazo dejándolo desmayado.

Nunca vinieron por él. Esa fue su peor tortura. Hubiera querido cambiar de lugar con ellas pero...

Al día siguiente, también delante de sus ojos secuestraron a Norberto de la puerta del hospital de Morón.

— ¡ Mañana cabrón ! ¡Mañana es tu turno! — volvieron a gritarle, pero esta vez corrió antes de recibir otro culatazo.

Como médico de guardia, Marcelo, además de atender a todo el que llegaba al hospital, ayudaba atendiendo a los heridos de una organización clandestina sin declararlos ni denunciarlos.

Jamás había empuñado un arma.

No creía en ellas aunque... ya no estaba tan seguro.

Compartía absolutamente los ideales de los movimientos de izquierda. La torta tenía que dividirse por partes iguales. Todos tenían derecho a la comida, al techo, a la educación, a los remedios y al bienestar. Sabía que aunque no empuñara el arma, su trabajo con la organización lo comprometía.

Sabía dónde eran los asaltos, a qué hora y quiénes eran los objetivos.

Los amigos lo ayudaron a salir del país horas después del secuestro de Norberto.

— Si no te vas , mañana te hacen boleta y vas a ser bueno para nada. Era tal su shock emocional que simplemente se dejó hacer y llevar. Le cambiaron la identidad. Le dieron un pasaporte nuevo. Le cortaron el pelo, las patillas y le pusieron un bigote.

Semanas más tarde entraba al país como extranjero. Ni siquiera los de la organización supieron de él. En realidad, no tenían posibilidades ni tiempo de ocuparse de él.

Haciéndose pasar por uruguayo, consiguió trabajo en un hospital alejado de la capital.

Sólo conservó su nombre de pila : Marcelo.

Cambió su apellido. En adelante sería Marcelo Rivarola, médico pediatra. Ni siquiera su familia supo de su retorno. Quería dejarlos fuera de peligro. Su único deseo, lo que lo mantenía vivo, era encontrar a Marita y a Alejandra.

Sabía que las dos estaban embarazadas.

Desde siempre y en silencio había estado enamorado de Alejandra. Su luz lo era todo para él. Pero Norberto le había ganado de mano.

Ahora, había llegado el momento de demostrar su amor por ella, debía conseguir que la liberen.

Tenía un sólo plan, una sola oportunidad.

Sólo una.

Una vez, había salvado la vida del hijo de un alto jefe militar. El destino lo puso en sus manos una noche de guardia hospitalaria. No sabía de quién se trataba. Lo supo recién al día siguiente cuando el muchacho recuperó el conocimiento.

— No sé cómo agradecerle— dijo el padre del joven al retirarlo del hospital— Si no hubiera sido por usted, habría muerto .

Metiendo la mano en el bolsillo interno de su chaqueta militar, sacó una tarjeta y se la entregó diciendo — si alguna vez, cualquier vez, necesita algo, no dude en llamarme — y

estrechándole las dos manos siguió — lo que sea, porque mi hijo es todo lo que tengo y usted me lo salvó.

Este era su único plan, su sola oportunidad.

Buscó al almirante hasta que lo encontró. Sus oficinas estaban en la Escuela de Mecánica de la Armada sobre la Avenida Libertador en el barrio de Nuñez.

En un principio no lo reconoció, así que tuvo que recordarle el episodio en el que salvara la vida de su hijo.

— Claro m'hijo ¿ cómo le va ? ¿ en qué puedo serle útil ?

— Necesito saber el paradero de mi esposa y de mi hermana — mintió sabiendo que no sería ayudado si sólo decía que eran amigas.

— ¿ El paradero ? ¿ de qué me habla ? — contestó el almirante haciéndose el desentendido.

— ¡Vamos! — se envalentonó Marcelo— Usted sabe exactamente de qué hablo. Los suyos se los llevaron igual que a mi colega el Dr. Norberto Gómez.

— No sé de qué me está usted hablando. Desconozco...

— ¡ Mentira! — Marcelo ya no tenía nada para perder así que siguió subiendo la apuesta— ¡mentira, usted sabe perfectamente de qué estoy hablando!

Marcelo había escuchado entre las filas de la organización, que los desaparecidos eran llevados a campos de concentración, de tortura y de exterminio. Tenía que actuar con rapidez.

— Quiero saber dónde están mi esposa Alejandra, embarazada de siete meses, mi cuñado Norberto médico, esposo de mi hermana Marita, también embarazada y secuestrada. Si usted no lo sabe averígüelo! Una vez, yo salvé la vida de su hijo, ahora a usted le toca salvar la mía pues sin ellos... sin ellos estoy muerto— terminó diciendo bajando la cabeza para que no viera sus lágrimas.

Por algún extraño motivo el almirante prometió ayudarlo.

— Vuelva la semana que viene.

El tiempo fue eterno. Los días parecían meses, años.

Sin ellos estoy muerto, retumbaba en su cabeza.

Sin ellos estoy muerto.

Muerto.

Muerto.

CAPITULO 18

Marita no quiso entrar en los detalles más sádicos de la historia. Sabía que Blanca y Lucía, ahora Paloma, habían leído mucho. No quería hacerlas sufrir más.

Sin embargo sintió la necesidad, ante las preguntas de las chicas, de responder.

— Mi bebé murió bajo tortura. Lo picanearon dentro de mi vientre para que yo hablara. Pero yo no sabía qué tenía que decir. Me preguntaban por personas que no conocía. Insistían pero... yo nada sabía. Sólo trabajaba de voluntaria en la Villa. Nada sabía de las organizaciones, nada. No pude salvarlo — dijo acariciando su vientre ahora estéril — ¡No pude!

Las chicas estaban profundamente conmovidas. Las lágrimas les caían silenciosas.

— Después — siguió Marita hablando como en una ensoñación— tu mami me devolvió a la vida. Me pidió que fuera fuerte, que la ayudara a que su bebé naciera bien. No teníamos ninguna esperanza pero ella sabía que así, dándome algún buen motivo para vivir, quizás me salvaría. Y tenía razón. Me mimó, me acunó y me cuidó. Nunca supimos por qué un buen día ya no nos encapucharon ni nos torturaron y

comenzaron a alimentarnos mejor.

Cuando lo supimos ya fue tarde.

Querían robarnos.

— ¿ Robarlas ?— preguntó Blanca.

Marita no contestó. Ya entenderían.

— Un día de madrugada, tu mami me despertó “me parece que ya llega”

— ¿ Quién llega ?— recuerdo haber preguntado medio dormida sobre un colchón roto en el piso de la celda.

— Mi bebé— contestó Alejandra en un susurro.

— ¿ Llamo al guardia?

—No, no llames a nadie. Me lo van a robar. Ayúdame vos. Yo sé que juntas podemos hacerlo. Vos sos médica ¿ no ?

— Sí pero... como quieras, total.

Ahora dirigiéndose a Lucía siguió — Y así llegaste una mañanita de Diciembre. Bien temprano y como si supieras, como si supieras que no había que llamar la atención, no lloraste. Así toda mojadita y con el cordón umbilical aún latiendo te puse sobre el pecho de tu mami que exhausta y todo, te miraba sonriente, feliz.

— ¡Paloma ! ¡ Palomita mía ! — dijo— Que se llame Paloma y que lleve al mundo el mensaje de amor que no nos permitieron concluir al cortar nuestras alas.

Enseguida te prendiste a la teta de la que succionabas lo mejor que tu mami tenía para darte itodo su amor!

Al hacerse de día, apareció el guardia quien al ver que había nacido la bebé, se acercó para mirarla de más cerca.

Te habíamos hecho un pañal y una camisetita con lo que quedaba de mi destruida falda. ¡Estabas tan hermosa! Tu mami trató de esconderte pero no lo logró.

Todo el día temblamos previendo lo peor, pero la noche llegó silenciosa y las tres nos dormimos tranquilas.

Un almirante muy apuesto vino a buscarte cinco días después.

— ¡iiii Noooooo !!!!- gritaba tu mami desgarrando el silencio — ¡No se la lleven! — suplicaba — ¡No la maten! — lloraba. Se colgó del pantalón de almirante y mirándolo a los ojos imploró— ¡no me la robe!— Como toda respuesta recibió una patada del guardia que la estampó contra la pared.

A pesar de que murió días más tarde, tu mami dejó este mundo exactamente cuando las separaron. Había podido soportar todo lo anterior, pero no que te separen de ella.

Ya no quiso comer. Irónicamente sus tetas se llenaron, se hincharon de leche para un bebé que ya no tenía. Al no vaciarlas, se le pusieron duras como piedra y la fiebre comenzó a subirle.

Intenté ordeñarla, vaciarle un poco las tetas para su alivio, pero casi no salía nada. Movida por algún insitinto salvaje, me acerqué un poco más y comencé a tomar suavcito de tu leche. Tu mami me rodeó con sus brazos, me acunó como si fuera su bebé, y por un minuto pensé que...

— Que mi leche te haga fuerte— me dijo— fuerte como para salir de este infierno con vida y encontrar a mi Paloma. Ya no me quedan fuerzas, la fiebre me consume. Debo tener una infección en el útero porque me duele muchísimo. No, no llames al enfermero— me pidió adivinando mi pensar — No. Prefiero terminar mi vida en tus brazos. Ya no quiero más. Fue lo último que dijo ese día y cayó en un estado de semiconsciencia.

Unos días más, tomé tu leche de sus tetas. Me abrazaba como te hubiera abrazado a vos.

Días después, su fiebre no bajaba y comenzó a delirar. Prácticamente no le entendía lo que decía.

Cuando vinieron a llevársela sabe Dios adónde — Ya me voy— dijo con voz clara — acercate, quiero darte algo para cuando encuentres a mi Paloma. Acercate un poco más y cerrá los ojos.

Al abrirlos, Lucía recibía un beso sobre los labios. Marita la abrazaba llorando— ¡Paloma! este es el beso que tu mami dejó para vos.

CAPITULO 19

El doctor Marcelo Rivarola, recibió una citación para presentarse frente al almirante dentro de las 24 horas.

Lo esperaban en una oficina de la Escuela de Mecánica de la Armada Argentina, la así llamada ESMA.

— Traiga al sujeto— ordenó a un soldado.

Unos minutos más tarde, aparecía con un atado de ropa sucia, amarronada y maloliente.

— ¡ Entrégueselo al señor !— ordenó.

Una vez que el soldado se hubiera retirado de la oficina, el militar dijo:

— Vos salvaste a mi hijo, ahora yo salvé al tuyo . Estamos a mano. No aparezcas nunca más por aquí ni cuentes nada a nadie porque sos hombre muerto. Esto nunca pasó. Nunca.

Dentro del atado de ropa comenzó a llorar un bebé.

— Váyase y si quiere seguir vivo para criar a su hijo, no lo olvide i no hable! ino cuente! ino pregunte!

Marcelo, con el bebé apretado contra su pecho se dirigía hacia la puerta de salida cuando el almirante agregó en voz muy baja:

— Usted tiene que entender, nosotros sólo cumplimos órdenes. Sean cuales sean, tenemos que obedecer. Nos guste o no, somos soldados de la patria y debemos defenderla contra el ateísmo que atenta contra la iglesia y el comunismo internacional que

busca conquistarnos.

— Usted no puede creer semejante estupidez— dijo Marcelo impulsivamente. No podía con su genio y siguió— Ustedes son los títeres del Fondo Monetario Internacional, de la Banca Mundial— y comenzando a subir el tono siguió— ¡ustedes están vendiendo nuestra patria, nuestra patria de trabajo, de campo, de industrias, la convirtieron en una patria financiera para que ustedes nos regalen a los intereses del mejor mercado... quedándose obviamente con una gran tajada.

— ¡Andate, boludo, andate o te hago puré! — gritó el almirante. Recién entonces Marcelo se dió cuenta de dónde estaba y de que estaba poniendo su vida y la del bebé de Alejandra en peligro.

Salió con paso cauteloso para no levantar sospechas. Una vez en la calle comenzó a correr y no paró hasta quedar sin aire.

Sentándose en el cordón de la vereda, abrió el atadito para ver al bebé.

— No es un bebé— decía en voz alta— es una bebé. ¡Una bebé! Una bebé igual a su mami.

— Lucía— le dijo— no sé qué nombre te puso Alejandra pero te vas a llamar Lucía Rivarola.

— Lucía, portadora de la Luz.

— ¡ Lucía !

CAPITULO 20

Ya se había hecho noche cerrada.

— ¿ No deberían llamar a sus casas ? Es tarde— preguntó Marita.

— Sí, claro, es que no me di cuenta ¿ puedo usar tu teléfono ?

— Sí. ¿ preferís hablar del dormitorio ? Vas a estar más cómoda.

— Bueno— contestó Lucía yendo hacia el único lugar que no parecía baño ni cocina.

— ¿i Se puede saber dónde estás ? !— gritaba furioso y angustiado Marcelo. Ya llamé a todos tus compañeros y a la casa de Blanca. También sus padres están asustados ¿ qué les pasó ? Quedaron en volver para cenar y ya es medianoche. ¿ Estás con Blanca ?

— Sí estamos juntas y bien. Bueno, casi bien pero no te preocupes ya te cuento.

— ¿ De dónde llamás ? ¿ De qué me tengo que preocupar ?

Mientras hablaba con su papá, Lucía paseaba sus ojos por los centenares de fotos pinchadas en las paredes.

— Es que Blanca y yo fuimos a la marcha de los 1000 jueves de las Madres...

— ¿ Por qué no me preguntaste ?— interrumpió el padre.

— Porque sabía que no te gusta que me meta con ese tema y ...— una foto atrapó su atención.

— Pero nosotros tenemos que saber dónde andás.

— Yo no quiero ocultarlo pero vos no querés escuchar hablar de

— Seguro que Blanca fue la de la idea ¿ no ?

Silencio.

— ¿ Estás ahí ? ¡ Lucía! ¡ Hola! ¿ pasó algo ?— preguntaba Marcelo sintiendo que algo sucedía.

— Lucía decime dónde estás así te busco ¿ sí ?— invitó Marcelo más suave.

— No sé dónde estoy. Voy a preguntar— dijo apoyando el teléfono sobre la cama.

Entrando en el living preguntó— Marita ¿ dónde estamos ? Quiero decir en qué calle así mi papá nos busca.

— Avenida de Mayo 1354 piso 7A.

— ¿ Te suena el apellido Rivarola ?— preguntó Lucía antes de volver al teléfono.

— No. No creo conocer a nadie de ese apellido— contestó Marita— ¿ por ?

— Ella se llama Rivarola— intervino Blanca— Lucía Rivarola.

— Ah— fue toda la respuesta.

CAPITULO 21

Después de darle la dirección a su papá, Lucía se quedó mirando las fotos que empapelaban las paredes.

Eran fotos que parecían recorrer toda la vida de Marita.

Allí estaba parada de guardapolvo blanco frente a la puerta del colegio con un moño en la cabeza.

Otra como de hace 20 años atrás en la que usaba trenzas largas y camisola suelta de batik. Se la veía tan bien entonces, tan joven, tan alegre, tan vital...

Más cerca de la ventana, había un grupo de fotos sacadas en una Villa. Allí estaban parados como si fueran un equipo de fútbol . Una fila de nenes sentados en el suelo, las nenas paradas atrás y en la tercer fila un grupo de jóvenes sonrientes, parados poniéndoles las manos sobre las cabezas a las nenas. Todos reían. Otra foto era decididamente la de un picadito de fútbol. Había una, de una joven parada dando clase, de espalda a la cámara, enseñando a un grupo de chicos que la escuchaban con atención.

— Esta es tu mami — dijo Marita que había entrado silenciosa al dormitorio y le abrazaba los hombros . Alejandra era la mejor maestra del mundo. Los chiquilines la adoraban y la llamaban Maestra. Lo decían como si fuera un título de Doctor. Llenos de

amor y orgullo , Maestra Alejandra.

Por lo que me contaba Blanca recién, mientras vos hablabas por teléfono, parece que la semilla no cayó tan lejos del árbol ¡ si tu mami te viera! ¡ estaría tan orgullosa de vos! ¡Así, exáctamente así te soñó! Buena, linda, llevando mensajes de amor, de paz, dedicada y preocupada por los demás. Toda una persona de vuelo— y haciéndola girar sobre sus pies, la abrazó muy fuerte y en un susurro agregó— ¡ Paloma, Paloma te soñó!

Todo el llanto contenido hasta entonces brotó del pecho de la Paloma. Los hombros no paraban de sacudírsele. El pecho se le oprimía y las lágrimas caían a borbotones.

Lloraba por su mamá, por ella, por toda la historia recién conocida. Lloraba porque no podía creer lo que creía.

— Paloma chiquita. Llorá. Llorá. ¡ Tantos años buscándote!
¡Hoy nacemos de nuevo!

CAPITULO 22

Con insistencia y bronca, Marcelo tocaba el timbre del 7A. La puerta del edificio estaba abierta así que decidió entrar para ver con quién estaba Lucía.

— ¡ Va! ¡ Ya va! — respondía a la insistencia del timbre —
¿Quién es?

— Vengo a buscar a Lucía. Soy su papá— decía al tiempo que Marita abría la puerta.

Al verlo, enorme fue su sorpresa— ¿ Marcelo?— preguntó dubitativa— ¿ Sos Marcelo ?

— ¿ Marita ?— contestó casi afirmando.

Un segundo más tarde se abrazaban llorando.

— Dejame verte— dijo Marita alejando un poco a Marcelo—
estás bárbaro.

— No puedo creerlo ¡ estás viva ! ¡ Las busqué tanto ! ¡ Pedí tanto por Ale, por vos y por Norberto ! Toqué todos los timbres que pude. Estuve en cuanta oficina existe .

— ¿ Cómo conseguiste a Paloma ?

— ¿ A qué Paloma ? — preguntó confundido.

— Disculpame, quise decir a Lucía. Ale le había puesto Paloma. Casi sin darse cuenta, charlaron hasta que despuntó el día. Lucía y Blanca escuchaban sin moverse del rincón en el que se

habían instalado. Algunas partes de la historia ya les eran familiares pero otras no. Supieron cómo fue que Paloma, después Lucía, luego otra vez Paloma, había llegado a los brazos de Marcelo en un atadito maloliente.

— Pero, entonces ¿ vos no sos mi papá ?— preguntó Lucía después de haber escuchado casi todo.

— No— Aunque hubiera enormemente deseado serlo. Sólo era el mejor amigo tu papá y estaba enamoradoísimo de tu mamá. Como no pude hacer nada para salvarles la vida, pensé que cuidándote a vos como ellos, lo mejor que tenía en mi vida, hubieran hecho.

— ¡ Me mentiste ! ¡ Me mentiste toda mi vida! Me mentiste acerca de mamá y de su muerte . No me dijiste que mi papá era otro señor. ¡ Me mentiste! — atacada por el llanto, la cólera y la impotencia, seguía gritando— ¡Me mentiste!

— ¡ Lucía !— era Blanca quien levantaba ahora la voz— ¡ Lucía ! ¿ qué decís ? ¿ No escuchaste por todo lo que pasaron ? ¡Todo junto un infierno! ¡ Ubicate! ¡ No podés ser siempre el ombligo del mundo ! Marcelo , tu papá, te dio una vida hermosa. Hizo lo que pudo. Casi te diría que me da vergüenza escucharte. No entendiste nada ¿ No entendiste nada?

Es que no es fácil— intervino Marita abrazando a Lucía- es como despertar un día sin saber quién se es.

— Al contrario, ahora sabe más que nunca antes, quién es y de dónde viene. Debería estar orgullosa de vos, de su mamá, de su

papá y de Marcelo sea o no el padre biológico.

Blanca había madurado diez años en pocas horas.

— Debería estar agradecida. Es un privilegio — seguía Blanca susurrando ante la explosión de su amiga.

Marcelo la interrumpió— Sé que estuve mal, que debería haberte contado todo, pero quería salvarte, que no mueras ahogada como tu mami que

— ¡No murió ahogada!— gritó Lucía.

— Sí, sí murió ahogada. Lo supe después de haber inventado la historia. Murió ahogada en el Río de la Plata, la tiraron junto con otros desde un avión. — Su voz apenas si salía al decir las últimas palabras— Yo quise salvarte de todo esto. Tenía miedo que por venganza tuvieras ganas de salir a matar a alguien. Porque andan todos sueltos. Te los podés cruzar cualquier día. Todos los asesinos están sueltos. Por eso te crié dentro de una burbuja pero — y ahora con una sonrisa— saliste igual, igual a tu mamá. Tan luminosa. Tan preocupada por los chiquitos de la Villa, porque estudien, porque mejoren. Tan deseosa de una vida más justa para todos.

— ¿ Y mi papá, quiero decir Norberto ¿ cómo era ? ¿ Fueron novios mucho tiempo ?

— Tu papá era todo un personaje— contestaba Marita. — Un buen tipo. También comprometido con nuestros ideales de igualdad, de justicia ¡ cómo discutíamos ! A él le enfermaba la violencia, quería encontrar otro camino.

— Yo— decía Marcelo— era el único vinculado con los Montoneros. No compartía su violencia pero sí sus ideales, por eso los ayudaba como médico con los heridos. Tu papá, Norberto, decía que la violencia contra la violencia era peor. Nos hablaba de Luther King, de Gandhi. Hablaba de la No Violencia, de la Resistencia Pacífica. Tu viejo era un tipazo. Marita, Blanca y Lucía escuchaban conteniendo el aliento.

Sin saber qué decir, absolutamente con-movida, movida de su centro, se tiró a los brazos de Marcelo llorando.

— ¡ Lucía, hijita! ¡Paloma chiquita! ¡ Hay que seguir volando!— dijo acariciándole la cabeza que apoyaba sobre su pecho— ¡ Hay que seguir volando!

— ¡ Hay que seguir volando!

EPILOGO

Después de varios meses. Después de mucho, muchísimo llanto. Después de pensar y discutir. Después de averiguar. Después de hablar con Madres y Abuelas e H.I.J.O.S. Después de que hubo pasado mucha agua bajo el puente y llena de convicción, Lucía decidió honrar a sus padres, a todos ellos, a todos los que la parieron en amor y libertad.

Sin restar sino sumando, cambió su nombre descubriendo su identidad toda. Desde ese momento pasaría a llamarse

LUCIA PALOMA RIVAROLA- GOMEZ

Nacida en cautiverio en la Escuela de Mecánica de la Armada
el 3 de diciembre de 1977
Buenos Aires, Argentina

TÍTULOS PUBLICADOS

de Lic. Adriana Strupp

Clara ¿tenía que oscurecerse?

(para jóvenes de 14 años en adelante)

Clara es una obra que nos sumerge emotiva y racionalmente en la historia de una joven que por ignorancia es contagiada con el virus del SIDA de la forma más absurda y cruel: amando.

Su lenguaje es sencillo y directo.

“Clara” nos pega al corazón.

Agrega al saber intelectual el componente emocional: los afectos en juego.

¿Cuáles son los tabúes en juego?

“Clara” es un intento de quebrar el cortocircuito que existe entre lo que se piensa, lo que se siente y lo que se hace.

Nos da la posibilidad de prever.

¡Clara no tenía que oscurecerse! ¿Y nosotros?

Escuché que alguien lloraba

(para jóvenes de 13 años en adelante)

Un grupo de jóvenes y fantasmas de los que ya no están, nos dan su testimonio.

¿Qué empuja a un joven a consumir desbordante cantidad de alcohol o drogas de distintas clases?

¿La soledad? ¿Las compañías? ¿El futuro? ¿La falta de futuro? ¿Padres permisivos? ¿Padres autoritarios? ¿Los valores? ¿La noche? ¿Porque todos lo hacen? ¿Porque sí o porque no?

Millones serían las preguntas que nos podemos hacer y seguiríamos sin la respuesta adecuada. Sin embargo, tenemos que encontrar la respuesta.

Todos lloramos ¡escuchémonos!

Paloma ¡hay que seguir volando!

(para jóvenes de 14 años en adelante)

“...Merecer la vida es erguirse vertical más allá del mal, de las caídas.

Es igual que darle a la verdad y a nuestra propia libertad la bienvenida.

Eso de durar y transcurrir

no nos da derecho a presumir
porque no es lo mismo que vivir
¡Honrar la vida!...”

Eladia Blázquez

Lucía Rivarola es una joven muy agradable, muy comprometida con el bien y los demás.

Lucía Rivarola es una joven que sin saberlo está repitiendo la vida de otra joven.

Lucía Rivarola, a los 17 años descubre que no es quien cree ser.

Porque años atrás la historia, nuestra historia, la historia argentina ensombreció.

Porque ahora, y sólo iluminando nuestro pasado, vislumbraremos el futuro.

Porque la vida es esperanza a pesar de todo.

Por eso hay que seguir volando.

Daniela, la otra historia

(para jóvenes de 12 años en adelante)

¿Qué estamos dispuestos a dar de nosotros para pertenecer, para ser aceptados por los demás?

“... Daniela: Todo hubiera dado por ser aceptada.

Todo.

¡Hasta mi vida!...”

Daniela es una joven adolescente como tantos otros que movida y empujada por los comerciales y por la discriminación que sufre por ser gordita, llega a la triste conclusión que **PARA SER ALGUIEN, PARA SER ACEPTADA, PARA SER QUERIDA, PRIMERO TIENE QUE SER FLACA, CASO CONTRARIO ... ¡NO EXISTE!**

"La memoria hace a las raíces e identidad de los pueblos. Ningún ser humano y sociedad puede prescindir de ella.

...Memoria que no es para quedarse en el pasado, sino que esa memoria nos ayude a iluminar el presente y ver cómo podemos construir una vida más justa y humana para todos. La otra cosa que encontré en tu Paloma y la Paloma de todos, es la pasión de ahondar y penetrar en los valores que hacen a la vida y convivencia y fundamentalmente ese lenguaje directo a los jóvenes que les permita reflexionar y sentir que la vida es esperanza, a pesar de todo.

Te envío el fraterno abrazo de Paz y Bienestar."

Pérez Esquivel, Adolfo

Premio Nobel de la Paz 1980

" La palabra simple y directa de Adriana Strupp en las páginas de su libro "Paloma. Hay que seguir volando" contribuye a echar luz sobre nuestra siniestra historia reciente, apuntando a los jóvenes que seguramente se identificaron con los protagonistas sobre todo Lucía y Blanca.

En sus páginas el libro describe desde la ficción realidades durísimas y ternuras idealistas y humanas...

Este libro da ilusión, esperanza y sentido a una lucha ya que, y de esto sabemos mucho las Abuelas de Plaza de Mayo, el enlace generacional, la herencia genética, la voz de sangre que surge de Lucía es la que se descubre en los nietos que hemos conseguido salvar... al devolverles su identidad y su historia familiar."



Estela B. de Carlotto

Presidenta

Abuelas de Plaza de Mayo

ISBN 978-987-33-7990-1